

Abel Otero Ordóñez

COVID-19 o repensar la fragilidad humana: un reto filosófico y educativo.

RESUMEN: El presente artículo pretende elaborar un análisis de la pandemia del COVID-19 desde la concepción del ser humano propuesta por Martha Nussbaum. Una concepción que pretende representar al animal humano como un ser frágil, interdependiente y necesitado de los demás seres humanos tanto para sobrevivir como para convivir. Desde esta particular perspectiva elaboraremos un análisis de lo que esta pandemia ha supuesto para nosotros; tanto como seres individuales como sociedad.

PALABRAS CLAVE: Vulnerabilidad; Fragilidad; Educación.

COVID-19 or rethinking human frailty: a philosophical and educational challenge.

ABSTRACT: This article aims to develop an analysis of the COVID-19 pandemic from the projection of the human being by Martha Nussbaum. A conception that tries to represent the human animal as a fragile, interdependent and in need of other human beings, to survive and to live. From this perspective we will prepare an analysis of what this pandemic has meant for ourselves such as individual beings and as society.

KEYWORDS: Vulnerability; Frailty, Education.

Introducción

La primera gran pandemia del siglo XXI, un siglo que parecía estar preparado e inmunizado ante casi cualquier situación, marcará un hito histórico en nuestras sociedades y en la intrahistoria de cada individuo. Pues el virus ha desvelado, a modo de una desgarradora hermenéutica de nuestro presente y de los diversos sistemas que lo configuran, las irregularidades, inseguridades, defectos y, sobre todo, la fragilidad de los mismos. De esta forma, nuestros sistemas parecen erigirse sobre una productiva ficción proyectiva de nosotros mismos y del propio sistema que nos induce a la creencia y a la posterior asunción de una ilusoria

► **Abel Otero Ordóñez**, Universidade de Santiago de Compostela, España. **Autor de correspondencia:**  abelotero@edu.xunta.gal —  <https://orcid.org/0000-0002-4124-084X>

autoimagen de inmunidad e invulnerabilidad tanto a nivel individual como colectivo.

La gravedad de la esta pandemia parece no solo comprometer nuestra salud, nuestra propia vida o nuestra economía, sino también nuestros ideales y nuestro *modus vivendi*. Este último, precisamente, alterado en varios países por el *Estado de Alarma* y su pareja orden de confinamiento. Situación que supuso un inusitado alto en el transcurso de la circulación productiva, económica, académica y social, entre otras, en buena parte del mundo. Una parálisis insólita en el funcionamiento de nuestra vida normal, supeditada de forma casi inconsciente a una ciega confianza en el buen funcionamiento y en el amparo de nuestras organizaciones e instituciones. Parece que el virus nos hizo salir —muy a nuestro pesar— del confort de la caverna platónica, donde ahora, en retrospectiva, parece que vivíamos en una idílica ensoñación, para llevarnos al mundo real —más irreal en apariencia— donde nos abrasaríamos por la luz de un sol —de una verdad— para el que no estábamos del todo preparados.

Sobre esta crisis se pueden ejercer, y ellas deben ser las prioritarias, lecturas en clave sanitaria, política y económica; pero, sin duda, esta situación nos llevará también a realizar una interpretación, *a posteriori*, desde parcelas epistemológicas como la filosofía, la psicología o la educación, entre otras, y a través de múltiples sentidos o perspectivas.

Muchos de estos sentidos están estrechamente relacionados con temas que la filósofa americana Martha Nussbaum anunció y trató en prácticamente la totalidad de su producción intelectual y que hoy parecen cobrar más sentido que nunca. Por lo que, a raíz de la potencialidad de este suceso histórico, realizaremos un breve análisis que hilvane las principales propuestas y preocupaciones sobre fragilidad, educación e interdependencia, por parte Nussbaum con la pandemia del COVID-19.

Un animal humano frágil

La visión del adulto competente, productivo e invulnerable, presente en la imaginería social de casi todas las sociedades actuales, no deja de ser una idea que lleva implícita, en sí misma, un cierto grado de ficción; o si se prefiere, una imagen errónea y sesgada del ser humano. También lo es cualquier concepción

de una sociedad autosuficiente y capaz de protegerse, sin ninguna clase de ayuda, frente a los cataclismos de variada índole que puedan surgir.

La crisis del COVID-19 se ha cristalizado precisamente como una situación que desenmascara, de forma abrupta e inesperada, como si se tratase de un giro dramático y novelesco, la imagen que las sociedades actuales tienen de sí mismas como colectivos autárquicos y poderosos; así como también, a título más personal, el virus ha revelado la propia fragilidad del individuo como animal humano biológico, caduco, enfermizo, frágil y necesitado. Un animal humano que Unamuno (1984, p. 1), tanto tiempo atrás, definía como «el hombre de carne y hueso, el que nace, sufre y muere —sobre todo muere— el que come, y bebe, y juega, y duerme, y piensa, y quiere; el hombre que se ve y a quien se oye, el hermano, el verdadero hermano».

Por su parte, Martha Nussbaum, después de un profundo e interdisciplinar análisis sobre el ser humano a través de su constitución tanto racional como emocional, tanto humana como animal, presenta una imagen del mismo en la que no se pretende ocultar su naturaleza instintiva, emocional, racional y biológica. La filósofa americana realiza una lúcida radiografía en la que la mujer y el hombre se muestran en su absoluta desnudez como seres vulnerables, dependientes, necesitados y al mismo tiempo con capacidades a desarrollar. Seres que necesitan de los demás individuos para poder desarrollarse y florecer, seres eternamente dependientes que suelen ignorar, desde una errática y cotidiana convicción de dominio y competencia casi infinita, que el despliegue de su yo y el posible alcance de sus metas está condicionado por elementos tangenciales que en ocasiones escapan de su poder de control.

Nussbaum, cuyo trabajo filosófico va siempre ligado a una erudición literaria muy profunda, presenta una sutil e ingeniosa analogía entre la fragilidad del ser humano y las tragedias griegas. Las tragedias están llenas de conflictos donde el azar o la fortuna juegan un rol decisivo en la trama. Los protagonistas, como meros elementos atómicos, quedan a merced de una contingencia que la audiencia, a medida en que el argumento transcurre, va contemplando desde su propia condición de espectador. Para la filósofa la tragedia griega nos invita, precisamente, a repensar nuestra eventualidad, nuestra condición de marionetas de un destino que nos puede enfrentar a eventos sorprendidos e inesperados.

La tragedia es para Nussbaum una analogía de la propia existencia humana. Pero en nuestro propio transcurrir cotidiano tendemos a olvidar esta condición casi existencialista de sujetos *dependientes* del azar; y eso se debe, sobre todo, a que estamos sumergidos en un sistema que invita tendenciosamente al olvido mediante un amplio arsenal de distracciones que parecen pretender elevarnos a una condición de *cuasi* inmortales. Un sistema cuya finalidad parece ser la de hacernos olvidar nuestra animalidad, nuestra condición de mortales y por lo tanto nuestra finitud.

Parecer no quedar lugar en las actuales sociedades para una reflexión profunda, para un análisis introspectivo y socrático; no parece haber lugar para aquella máxima que rezaba *conócete a ti mismo*. No hay lugar para los interrogantes en el mundo de la aceleración, en la era denominada por Lipovetsky, muy acertadamente, del *vacío*. Un vacío que, paradójicamente, cobra un sentido mucho más extensivo en un mundo lleno de placeres cotidianos tan efímeros —y aquí se da la paradoja de nuestra era— como infinitos; un mundo caracterizado por un hedonismo irracional, fugaz y que parece traer, a la postre, una eterna insatisfacción. Estamos hablando de un nuevo animal humano, como bien lo entendía Schopenhauer desde un pesimismo que rozaba casi la sensatez, que se perpetúa en una insatisfacción cíclica de la que nunca parece lograr salir.

Este mismo ser humano, y así lo asegura Nussbaum, no es plenamente conocedor de su vulnerabilidad, de su existencial y finita eventualidad, porque en la mayoría de las ocasiones, el adulto normal se percibe a sí mismo como un sujeto capacitado y sano, un adulto, en el más sentido marxiano, que se autopiensa como productivo. Pero éste mismo adulto, en situaciones como la producida por la pandemia en la que dependemos de forma sustancial de los demás, mayoritariamente de profesionales sanitarios, toma conciencia de su condición de ser vulnerable al verse incapaz de protegerse frente a las circunstancias que lo rodean.

Esta trágica situación actual nos debería invitar a comprendernos, aunque sea de forma proyectiva, como seres potencialmente vulnerables y dependientes. No hay más que recordar las noticias y pensar en las desoladoras imágenes que nos dejaron: personas encamadas en grandes recintos transformados en hospitales provisionales, solos, desamparados, sin intimidad y a merced únicamente del *cuidado* de los demás.

Así mismo, una de las particularidades del ser humano frente a los animales es que éste puede llegar a ser consciente de su endeblez, de su fragilidad. K. Jaspers decía al respecto: «de todo ser viviente, el hombre es el único que sabe su finitud» (Jaspers, 1989, p. 59). Y hay algo que no podemos dejar a un lado si hablamos de finitud: nuestro cuerpo.

La enfermedad, en este caso, nos evoca a una *reinterpretación* de nuestro propio cuerpo. El cuerpo frente al peligro de la enfermedad es concebido, de forma última y subjetiva, como el único vínculo que tenemos con el mundo; el cuerpo, ante la enfermedad se transforma, cobra una nueva significancia que trasciende la cotidianidad. Y dicha transformación va acompañada de sentimientos de miedo y angustia, sentimientos relacionados, en última instancia, con la debilidad y la fragilidad. Esto da pie a una nueva concepción de lo corpóreo que se entiende como nuestra posibilidad absoluta y última, resquebrajando así la imagen de lo corporal como un elemento de *marketing*, de cuidado estético o de representación social. Una situación de peligro para mi cuerpo es, pues, una situación peligrosa para mi yo. Como afirmaba Nietzsche: «cuerpo soy yo» (*Leib bin Ich*). Si no soy mi cuerpo, por lo tanto, no soy yo. Mi yo está ahora, en el abismo en que la enfermedad está presente, en peligro; en una coyuntura de miedo ante la fragilidad de lo corpóreo, que con la enfermedad se traduce en la fragilidad o la vulnerabilidad de mi yo.

Una sociedad frágil

Ahora ya no solo somos más conocedores de la vulnerabilidad de nuestro cuerpo, de nuestro yo, sino que también estamos en disposición de reconocer la vulnerabilidad de los diferentes sistemas a los que pertenecemos. No tenemos una conciencia plena de los mismos hasta que estos caen rendidos ante la fragmentación, como ha ocurrido en la actualidad. Quizás porque el sistema, en general, es nuestro *segundo cuerpo*, y sentimos todavía más vulnerabilidad al vernos desamparados, desbordados y dentro de una cotidianidad que se manifiesta y se reduce a una ensoñación que escapa de cualquier situación antes imaginada. La pandemia nos hizo transitar, por lo tanto, por el sendero de una doble vulnerabilidad: la de nuestro yo y la de nuestro sistema.

Pero este virus no parece que no llegará a producir, como consecuencia de la revelación de la vulnerabilidad organizativa de los Estados, una crisis en nuestras

sociedades como la ocurrida, por ejemplo, en el período helenístico; donde se perdió la confianza en la propia *polis* y surgió un individualismo ético que relegó lo político a un plano secundario. Y esto se deberá a que nuestras sociedades y culturas poseen la capacidad de reinención. Y este hecho es un fenómeno que se debe, en gran medida, a la interconexión mundial en la que vivimos.

Se abre pues un nuevo escenario en el que repensar nuestra condición propiamente humana en todas sus dimensiones. Repensar nuestra vulnerabilidad respecto no sólo a las próximas pandemias o enfermedades, sino también en lo tocante al problema climatológico que vivimos, a las diferentes guerras que aún conviven en nuestro presente o, de forma más ensanchada y con mayor amplitud de miras, repensar la condición de fragilidad en lo que respecta a las diferentes injusticias que todavía no han sido erradicadas y para las que todavía no hay una vacuna. Injusticias como la asimétrica repartición de la riqueza; la desigualdad de género; aquellas que sufren grupos minoritarios y sin voz; y un largo etc.

El COVID-19 ha alterado la percepción de nosotros mismos tanto como individuos como colectividad, haciéndonos conscientes, en un período de tiempo relativamente corto, de nuestra propia fragilidad y vulnerabilidad frente a elementos externos que no podemos controlar, intrincando nuestra posibilidad de realizarnos, dando lugar así a lo que Nussbaum consideraría un *florecimiento dañado*. Dañado en el sentido de que se nos impide ser nosotros mismos y desarrollarnos de forma *normal*. Nuestras necesidades se han visto alteradas, pero nuestras capacidades, como conjunto social, se han visto mermadas, suspendidas ante la incertidumbre del futuro inmediato.

Hacia una educación eficaz

El ambiente social derivado de la crisis del COVID-19 debe favorecer una reflexión sobre la educación y sobre el papel de la institución educativa. Inmersos en una sociedad planetaria, necesitamos de una educación capaz de ofrecer respuestas a los dilemas, tensiones y fricciones que la globalización y la convivencia multi e intercultural presentan. Se precisa de un itinerario formativo y educativo que fomente una ciudadanía sensible, empática y comprometida con los problemas más diversos, y no sólo aquellos de carácter local o nacional, sino mundiales. La importancia de la educación radica, nos dice Nussbaum, en que

«(...) debería proporcionarnos los elementos necesarios para desenvolvernos de manera eficaz en ese diálogo multinacional, como “ciudadanos del mundo” (por usar una frase consagrada) y no sólo como estadounidenses, indios o europeos» (Nussbaum, 2010, p. 114).

Un mundo subordinado y al mismo tiempo seducido por la dinámica del constante cambio y de la acelerada evolución tecnológica necesita de una base educativa sólida que les otorgue a todos los ciudadanos las herramientas necesarias para una correcta convivencia. La educación se consolida como un elemento nuclear y mediador, de fines y de medios; pues nos proporcionará «la capacidad de ver a otra persona como un fin y no como un medio» (Nussbaum, 2010, p. 63); pero también será perfilará como un medio para alcanzar tal fin y para lograr nuestro pleno desarrollo.

Al ser seres interdependientes debemos valorar al otro, al lejano, del que también, de una u otra forma, dependemos. Y lo debemos hacer desde la misma posición ética con la que valoramos al vecino. Si asumimos, a modo de imperativo ético, que el cosmopolitismo es una realidad ya presente en casi todo el mundo, necesitamos de una educación que afronte el reto de construir una ciudadanía capacitada para desenvolverse en dicho contexto a través de un ethos que quiebre localismos y se consolide como una constante universal.

Al respecto, la filósofa se pregunta:

¿Basta con que nuestros estudiantes aprendan que, por encima de todo, son ciudadanos de los Estados Unidos, aunque deban respetar los derechos humanos básicos de los ciudadanos de la India, Bolivia, Nigeria y Noruega? ¿O deberían, como es mi opinión, además de presentar una atención especial a la historia y a la situación actual de su propia nación, aprender bastante más de lo que suelen sobre el resto del mundo en el que viven, sobre la India, Bolivia, Nigeria y Noruega, así como sus respectivas historias, problemas y éxitos comparativos? (Nussbaum, 1999, p. 16).

La respuesta es, precisamente, que desde el ámbito de la educación se debe enseñar al alumnado una premisa básica: todos ellos pertenecen a una comunidad que va más allá de los límites establecidos por sus fronteras nacionales o locales, que existe una obligación moral para con los otros, los desconocidos.

Una educación para la ciudadanía del siglo XXI, para una *universalis civitatis*, debería ser cosmopolita y debería tener como motivo de fondo una pedagogía crítica y capaz de fomentar nuestra sensibilidad, sobre todo emociones como socialmente proactivas como compasión. Pues

Las emociones pueden desestabilizar una comunidad y fragmentarla, o pueden ayudar a que cooperemos mejor y a que pongamos ahínco en conseguir la justicia. Las emociones no vienen determinadas de forma innata, sino que se van modelando de innumerables maneras mediante los contextos y las normas sociales. Eso es una buena noticia, pues significa que disponemos de un margen considerable para modelar las emociones de nuestra propia cultura política. (Nussbaum, 2019, p. 36).

Por lo que

(...) hay que fortalecer los mecanismos psicológicos – la empatía y el juicio de las posibilidades parecidas – que subyacen a la ampliación del interés por los demás. Gran parte de esto se hará y deberá hacerse de forma privada, en el seno de las familias. Pero todas las sociedades se sirven y enseñan ideales de ciudadanía, así como el buen juicio cívico, de muchas maneras (Nussbaum, 2008, p. 472).

Necesitamos de una educación que debe «cultivar en todos los niveles la capacidad de imaginar experiencias de otros y de participar en su sufrimiento» (Nussbaum, 2008, pág. 472). En esta línea la filósofa afirma que las humanidades y la literatura poseen un papel determinante en el desarrollo tanto emocional, dado que las mismas pueden desarrollar nuestra imaginación moral y ensanchar nuestra capacidad empática de comprensión del otro.

Por tal motivo debemos comprender que la educación debe ir más allá de una educación técnica (Nussbaum, 2010, pág. 131), pues la ciudadanía debe conocer su propia historia, su propia situación y sus circunstancias (Nussbaum, 2001). Es así como las humanidades otorgarán al alumnado las bases sólidas para poder enfrentarse a su contexto social, económico, cultural o político. Pero para ello debemos de dejar de pensar en las humanidades como ornamentos inútiles (Nussbaum, 2010b, pág. 20) en los actuales sistemas educativos. La educación ligada a la pretensión de un *ethos mundial* podrá ayudarnos a comprenderlo *todo*

mejor y nos permitirá comprobar que somos únicamente una parte de ese todo y que como tal tenemos una serie de responsabilidades.

Conclusión

Estamos ante un hecho que inexorablemente nos hará reflexionar. El COVID-19 supondrá un punto de inflexión que incitará a plantear interrogantes relativos a cuestiones de tan trascendental potencialidad como la de ¿qué somos como sujetos y como sociedad y como deseamos que sea nuestro futuro? Un análisis profundo de esta pandemia o de este trauma pandémico, también evidenciará nuestra interconexión e interdependencia y nos hará plantear nuevas propuestas normativas que incidirán, finalmente, en una ética global cuyo alcance comprenda a la totalidad de la humanidad. Dicha ética deberá permitir desarrollar nuestra imaginación, entendiéndola como un elemento nuclear respecto a nuestra empatía, compasión y solidaridad y modelar así nuestro universo afectivo y sentimental para alcanzar mejores cuotas de justicia y un mayor equilibrio.

¿Tomaremos conciencia de la vulnerabilidad de los demás? ¿Desarrollaremos un nivel de empatía y compasión superior? ¿Llegaremos a consolidarnos como una humanidad universal, unida y bajo un mismo horizonte ético? Los interrogantes son únicamente el brote de lo que debería ser, a medio o largo plazo, un cambio de paradigma respecto a la propia condición humana. Albergaremos la esperanza de que esto contribuya, desde el terreno educativo, a enseñar nuestra fragilidad y nuestra imposibilidad de controlarlo todo. Las medidas que se han de adoptar no deben ser únicamente aquellas de carácter sanitario o económico, sino que además, desde el ámbito educativo se debe apremiar en concienciar sobre nuestra posible fragilidad, sobre nuestra potencial vulnerabilidad.

Conflicto de intereses: El autor declara que no tiene ningún posible conflicto de intereses. **Aprobación del comité de ética y consentimiento informado:** No es aplicable a este estudio. **Contribución de cada autor:** A. O. desarrolló las ideas y escribió el artículo. Ha leído y aprobado el manuscrito final. **Contacto:** Para consultas sobre este artículo debe dirigirse a: (✉) abelotero@edu.xunta.gal

Referencias

Jaspers, Karl, (1989). *Filosofía de la existencia*. Barcelona: Planeta-Agostini.

Nussbaum, M. (1999). *Los límites del patriotismo: identidad, pertenencia y "ciudadanía mundial"*. Barcelona: Paidós.

Nussbaum, Martha. (2001). *El cultivo de la humanidad. Una defensa de la reforma en la educación liberal*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Nussbaum, Martha. (2010). *Sin fines de lucro: porque la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires: Katz Editores.

Nussbaum, Martha. (2008). *Paisajes del pensamiento: la inteligencia de las emociones*. Barcelona: Paidós.

Nussbaum, M. (2019). *La monarquía del miedo. Una mirada filosófica a la crisis política actual*. Barcelona: Paidós.

Unamuno, Miguel. (1984). *El sentimiento trágico de la vida*. Barcelona: Ediciones Orbis.

Información sobre el autor

Abel Otero es Profesor de Educación Secundaria y Bachillerato y Doctor en Filosofía por la Universidad de Santiago de Compostela. Sus estudios se centran en las emociones y en su relación con la configuración de la ciudadanía en las sociedades actuales. Contacto: Universidad de Santiago de Compostela. España — (✉): abelotero@edu.xunta.gal — iD <https://orcid.org/0000-0002-4124-084X>

Como citar este artículo

Otero, Abel (2022). «COVID-19 o repensar la fragilidad humana: un reto filosófico y educativo». *Analysis* 35, no. 1: pp. 1-10.